



Oficina de Hacienda en Austin, Texas

Zombies esperando despertar de la pesadilla

por Mark Aguirre

Joseph Stack tenía 53 años cuando el pasado febrero estrelló su avioneta contra una oficina de Hacienda en Texas. Horas antes había puesto en la web (www.EmbeddedArt.com) su testamento. Quería dejar claras las razones que le habían llevado a convertirse en un kamikaze de la clase media y atacar un edificio del gobierno: “desesperados tiempos llevan a desesperadas medidas” escribió.

Joseph Stack era un ingeniero informático que durante años había seguido el camino que se supone conduce al sueño americano. Fue a la universidad, estableció un par de despachos de consultor (quería proteger su individualismo frente a las grandes corporaciones), formó una familia, compró una casa en una urbanización, se mudó de ciudad en busca de un mejor empleo... Stack fue tan normal que hasta tenía su grupo de música cuando decidió inmolarse. Un hombre “sociable y extremadamente inteligente”, como lo definió su primera mujer. Pero después de 25 años de seguir la línea recta, Stack se percató de que no había conseguido nada sólido. Estaba frustrado, desesperado y lleno de rabia. La crisis lo había dejado sin ingresos, a punto de perder la casa y con una voluminosa notificación de Hacienda encima de la mesa.

Stack cuenta, en seis amargas páginas, cómo había creído en un sistema del que se fue desengañando paulatinamente hasta verlo como una mentira. Cuenta las tropelías de Hacienda contra sus dos empresas; sus experiencias con ejecutivos y banqueros avariciosos; habla de la hipocresía de la Iglesia

Católica; de las cartas que envió a sus representantes políticos quejándose de sus impuestos onerosos sin obtener la menor respuesta. Según dejó escrito, su sueño americano se había convertido en “la real pesadilla americana”. También escribió: “Vivo en un país con una ideología que está basada en una total y completa mentira”. Denunció los dobles estándares: “Aprendí que hay dos ‘interpretaciones’ para cada ley; una de los muy ricos, y una para el resto de nosotros”. La despedida fue brutal y sarcástica: “Bien, mi Gran Hermano de Hacienda, déjame intentar algo diferente; toma mi libra de carne y duermeme bien”.

¿Es Joseph Stack un caso raro en los Estados Unidos? No lo creo. Desde que la gran crisis económica se inició hace dos años, se ha ido extendiendo un sentimiento de frustración y desesperación como el suyo, que muchas veces se expresa en forma de rabia. Lo que es extravagante –al menos de momento– es la salida violenta a su desesperación. La mayoría han salido a la calle en movilizaciones pacíficas. Primero apoyando a Obama –fue casi un millón a Washington el día que juró como Presidente–; después, convocados por el Tea Party, eno-



En Harlem al día siguiente del triunfo de Obama la esperanza estaba intacta

jándose porque el dinero para el rescate económico gastado por el gobierno acabara en los bolsillos de los grandes banqueros de Wall Street sin que el empleo mejorara. En estas manifestaciones dicen: “Para qué ha servido el plan de rescate (787 mil millones de dólares) sino para tirar a la basura nuestros impuestos y permitir al gobierno entrometerse más en nuestras vidas”. Llama la atención que la mayoría de los que se manifiestan con los del Tea Party son gente de la edad de Stack o mayores, blancos como él, gente universitaria con mejores ingresos que el estadounidense medio, generalmente no tan enfadados con Hacienda por los impuestos que pagan como lo estaba Stack. Gente conservadora que peleó en Vietnam y votó por Reagan. Gente religiosa y productiva que se encuentra al final de sus vidas en una situación precaria, temerosa de que la crisis se lo lleve todo como si fuera un castigo divino. Gente que ha estado toda la vida comportándose bien y no entienden porqué la vida los castiga. Blancos de clase media que se sienten abandonados por los políticos que ellos mismos eligen: “Yo creo en Dios y es el cen-

Cien mil americanos se declaran en bancarrota cada mes.

tro de mi vida. Yo he trabajado duro por lo que tengo y lo repartiré con quien yo quiera. El gobierno no puede forzarme a ser caritativo”, dicen con rabia cuando les preguntas por qué se manifiestan contra los impuestos. Son gente cuyos hijos ganan menos de lo que ellos ganaban en su juventud. Para esta gente los mejores años de Estados Unidos son cosa del pasado y saben que si las cosas no cambian a sus hijos les va a ir peor de lo que les ha ido a ellos.

Peter S. Goodman, un periodista del *New York Times*, ha estado tres meses viajando por el país. Ha constatado que el prestigioso “American way of life”, si no ha fallecido, está sometido a una dura prueba. Ha entrevistado a familias que han perdido sus casas y ahora viven bajo un puente o en un automóvil. Las casas hipotecadas de las que los bancos se han apropiado por falta de pago registraron un récord de 269.952 propiedades entre abril y mayo. Habla de cafés en los que hay gente buscando empleo tecleando sus computadoras portátiles aprovechando el wireless gratuito. Nunca desde que se tienen estadísticas han estado los parados tanto tiempo sin empleo. Hay desempleados que no pueden encontrar un nuevo trabajo porque viven en suburbios y no tienen dinero para pagar la gasolina cuando les convocan a una entrevista. Es gente que piensa en el suicidio. Goodman habla de centros comerciales vacíos en las áreas más golpeadas. Se ha encontrado con gente a la que nunca le había pasado por la cabeza depender de la asistencia pública. En Nueva York uno de cada ocho neoyorquinos come de la caridad. En la primera avenida y la 30, donde hay uno de estos comedores públicos gratuitos, se puede ver como la fila de hambrientos crece cada día. Una de cada siete personas es pobre en los Estados Unidos. 38 millones reciben cupones, un número récord desde que existe este tipo de ayuda social. Goodman ha constatado la pérdida de fe en el Congreso y Wall Street, hasta no hace mucho dos de las instituciones más sólidas del país. Goodman escribe “los tiempos difíciles crean una respuesta colectiva... una batalla está teniendo lugar por redefinir una identidad para la nación”.

La percepción de que se ha acabado el sueño americano, la idea que ha legitimado durante décadas al sistema, no es sólo una idea, cada vez más extendida, que angustia a los ansiosos blancos de clase media del Tea Party: tiene bases cuantitativas. La compresión salarial que existe en los Estados Unidos desde 1975, se traduce en una onerosa desigualdad social: en el año 2007 el 1% más rico recibió el 23,5 % del total de las rentas y conoció durante décadas el milagro de los peces y los panes. La gente ganaba menos pero consumía más. El *American way of life*, el sueño americano de las clases medias, se mantuvo

gracias a la deuda acumulada por las familias en sus hipotecas y tarjetas de crédito. Los empresarios y los banqueros (empoderados cuando se deshicieron de las riendas del “Gran Gobierno” gracias a la revolución neoconservadora de Reagan) se pusieron de acuerdo para dar algo de respiro al capitalismo sin que los trabajadores sintieran que les apretaban el cuello. Los trabajadores pagarían la cuenta más tarde. No había que preocuparse en esta era de hegemonía neoconservadora. Si no la pagaban directamente al banco, el Estado lo haría por ellos con sus impuestos mediante planes de rescate. De cualquier manera, la crisis financiera acabó con el “milagro” de los peces y los panes. Cien mil americanos se declaran en bancarrota cada mes. Empezó en los bancos pero ha seguido en las fábricas (si no fue al revés). Las tarjetas e hipotecas son impagables porque la economía no crece o lo hace arrastrándose. Los salarios siguen a la baja porque la industria sigue desmantelándose y la lucha sindical es tenue. Los ciudadanos descubren horrorizados que lo que es bueno para General Motors o IBM –están trasladando sus factorías a Asia– no es bueno para ellos. Las transnacionales siguen destruyendo empleo. En estos dos años de práctica recesión sólo se han creado empleos de marine, policía o de cuidadora-peluquera-masajista. Según una encuesta de septiembre hecha por NBC/*Wall Street Journal* el 65 por ciento de los estadounidenses creen que su nación está en declive. Quizá no haya nada mejor que lo ilustre que las acciones de General Motors, durante muchos años el símbolo del capitalismo americano. En el año 2000 valía cada acción 55,44 dólares; en el año 2008 su precio se había derrumbado hasta los 3,92 dólares. Muchos ven en el futuro una sociedad sin industria, infraestructuras en ruinas, servicios deficientes, pero armada de manera apocalíptica. Mientras entre 2000 y 2008 el gasto federal en defensa por persona aumentó en 900 dólares (de 1.300 a 2.200), el de educación subió 60 (de 140 a 200).

La Oficina del Presupuesto del Congreso acaba de realizar un ejercicio estadístico proyectando el crecimiento de la economía de los Estados Unidos hasta el año 2084. Los resultados son deprimentes. La econometría prevé una etapa de estancamiento estructural con apenas un crecimiento promedio anual del 2%. El desempleo ha llegado para quedarse. La idea estadounidense de que el desempleo es un periodo de transición entre dos empleos es cosa del pasado. No hay ninguna posibilidad de que el capitalismo genere los millones de empleos que se necesitan crear para poner las tasas de paro al mismo nivel de antes de la crisis. Ni con dos guerras endeudando al gobierno hasta los tuétanos (14 billones de dólares ó

47 mil dólares por ciudadano se estima para el año próximo) han podido. Estados Unidos tiene que pensar en una nueva identidad para la nación. El consumo masivo y el empleo fácil, con una guerra en la sombra, pasaron a mejor vida. No hay futuro para el sueño americano. Las ciudades americanas están llenas de zombies esperando despertar de la pesadilla.

* * *

Hagamos un paréntesis para explicar que es el Tea Party, el fenómeno político más interesante de los últimos tiempos en los Estados Unidos. No se trata de un nuevo partido sino de un movimiento de frustración y rabia de hombres blancos acomodados espoleado por los ricos de Estados Unidos. Son la gente rural de la Biblia, horrorizados con los matrimonios de homosexuales, o los blancos racistas del sur o el midwest, asustados de un presidente negro, o urbanos preocupados porque sus hijos no encuen-



Obama retratado por *Time* a lo Franklin D. Roosevelt. Finalmente opto por el continuismo

tran empleo o no tienen seguro médico o no están convencidos de que sus ahorros devastados por la crisis financiera les alcancen durante la jubilación. Es un grito de pánico. Lo único quizá positivo es que ha sacado a muchos de la televisión y la sala de estar y los ha puesto en la calle y plazas. Periodistas que han estado visitando a estos grupos locales hablan de un movimiento amorfo, fraccionado en cientos de pequeños grupos, sin una estructura organizativa. Son “nacidos políticos” despertados por la recesión en busca de un culpable. No lo ven en el capitalismo. Los ricos se han apoderado del movimiento inyectando millones, moviendo a sus peones radicales bien pagados del Partido Republicano como Sarah Palin o Glenn Beck y a sus propagandistas de la cadena FOX hasta hacerlo su instrumento dentro y fuera del partido republicano. Scott Brown, el senador de Massachusetts elegido con el apoyo de Tea Party, propuso cambios en la ley de regulación financiera a favor de las grandes firmas financieras, muchas de las cuales tienen su sede en Massachusetts. Saben que no hay nada más seguro para la supervivencia de los de arriba que dirigir los pasos de quien se proyecta como rebelde contra su dominación usurpando el espacio de movimientos genuinamente populistas que pidan que sean los ricos quienes paguen la crisis y salven los empleos. “Nosotros somos la revolución del pueblo” dicen de ellos mismos, ingenuos o cínicos, los del Tea Party.

El *New Yorker* publicó en agosto un artículo de Jane Mayer, *Operaciones Encubiertas*, en el que se documenta esta perversa relación entre los ricos y el Tea Party. Dos hermanos, David y Charles Koch, han dado más de 100 millones de dólares al movimiento con el propósito de canalizar la rebeldía populista en beneficio de sus intereses. Cómo no, estos dos hermanos, que entre los dos poseen una fortuna superior a Bill Gates, el hombre más rico de los Estados Unidos, son entre otras cosas magnates de la industria petrolera con refinerías en Alaska, Texas y Minnesota, y seis mil kilómetros de oleoductos. Los Koch son viejos libertarios que creen que hay que reducir drásticamente los impuestos personales y de las empresas, reducir al mínimo los servicios sociales para los necesitados y se oponen a todas las regulaciones, especialmente en el medio ambiente, contra el que casualmente sus empresas petroleras son devastadoras. El dinero de los ricos como los Koch ha acabado convirtiendo a este movimiento populista en una punta de lanza de los intereses de las grandes corporaciones contra el gobierno. Como se ha visto en las elecciones primarias republicanas para senadores, el Tea Party está siendo usado por estos magnates para purgar a los líderes republicanos centristas que se resisten a dismantelar lo que queda del esta-

do social y con los que a Obama le hubiese gustado llegar a un acuerdo. Cuando el libertario Rand Paul fue elegido como candidato republicano a senador en Kentucky con el apoyo del Tea Party, lo primero que hizo fue llamar a Obama “antiamericano por atacar a BP”. Obama solamente quería que la petrolera británica pagara los daños ocasionados por el derrame de uno de sus pozos en el Golfo de México.

* * *

Clint Guidry, de 62 años, perteneciente a una familia de pescadores que durante generaciones ha pescado gambas en Louisiana, declaró ante una comisión de senadores, congresistas y gente del gobierno que visitaba el Golfo de México, que “el infierno de la mano de BP había llegado a Louisiana”. La delegación estaba investigando los efectos del derrame petrolero marítimo en el yacimiento Macondo ocasionado por la explosión de la plataforma Deepwater Horizon, en donde murieron 11 trabajadores. A mediados de julio entre 2,5 y 4,5 millones de barriles de crudo habían sido derramados, convirtiendo este derrame en el mayor desastre ecológico de la historia de los Estados Unidos. A pesar de que su barco había estado varado en los muelles durante semanas, para Guidry el desastre no se reducía a dinero. Ponía en peligro la propia identidad de las comunidades cajuns que llevan años sobreviviendo a la ira de la naturaleza pescando en criaderos naturales en el delta del Mississippi. En sus reuniones estos pescadores cantaban canciones que hablan de recuperar un país perdido y defender una forma de vida que está sufriendo ataques por la avaricia de los petroleros o quizá por la misma naturaleza de la industria. Otro sueño que se desvanece.

Guidry habló ante la delegación de políticos del fracaso de la administración Obama para evitar la catástrofe, “el gran capital y los sobornos pudieron con las leyes y las regulaciones”, dijo. El “accidente” –hay una investigación en curso– puso en evidencia qué pasa cuando las corporaciones se mueven a sus anchas sin que el Estado intervenga. Obama había dejado en manos de BP y la Marina la gestión del desastre que el mismo BP había ocasionado. ¿Cómo meterse con una corporación a quien su administración había dado luz verde para explotar el petróleo en aguas profundas? Hasta que, presionado por gente como Guidry, actuó contra la multinacional británica obligándola a pagar los daños ocasionados estimados en 20 mil millones de dólares. Como no, el Tea Party arreció entonces sus ataques contra el “socialista” Obama. El millonario petrolero Charles Koch envió una circular a sus 70 mil empleados comparando

**Lo primero que hizo
Rand Paul fue llamar a
Obama “antiamericano
por atacar a BP”.**



El cartel dice No quemes el Coran mejor prohibelo

la Administración de Obama con el Régimen socialista de Hugo Chávez. Rand Paul, Sarah Palin y Glenn Beck enseñaron sus colmillos. Aparecieron pancartas con Obama junto a los “socialistas” (según las pancartas) Hitler y Lenin. La campaña parece tener éxito. Una reciente encuesta ha encontrado que el 55% de los estadounidenses están de acuerdo en que Obama es socialista. Algo que no es tan malo entre los jóvenes. Las encuestas han revelado que un 43 por ciento de los estadounidenses menores de 30 años tienen una impresión positiva del término “socialismo”, pero no sus padres, a quienes les aterra el adjetivo. Precisamente la gente que más va a votar en noviembre en las elecciones a senadores y representantes. Los jóvenes, según una encuesta de CNN, se van a quedar en casa. En septiembre los republicanos superaban a los demócratas por más de 10 puntos entre los votantes registrados y por cerca de 15 puntos entre los posibles votantes.

* * *

Cómo en una maldición, o quizá la realidad sea terca, Obama está de nuevo en el mismo sitio del que quiso salir desesperadamente cuando fue elegido Presidente. Lleva dos años

intentando inútilmente construir puentes con políticos centristas republicanos para poner supuestamente a Estados Unidos en el lugar en el que estaba antes de que Bush fuera presidente. Pero no ha embaucado a nadie. Ni un solo representante republicano votó a favor del paquete de estímulos en enero del 2009. Ni un solo senador republicano votó en el senado a favor de la reforma en el seguro médico. Su estrategia naufraga porque la mayoría de los estadounidenses quieren un líder que conduzca al país en una nueva dirección –el 60% piensa que el país va en dirección equivocada–, y no un Presidente que busque compromisos. Los estadounidenses necesitan redefinir una identidad para la nación, cómo decía Goodman, el periodista que recorrió el país.

Obama puso toda su energía en la aprobación de la ley del seguro médico y la de la regulación financiera en un intento de redefinir consensuadamente con republicanos moderados la actividad del gobierno. Pero en la calle estas leyes han pasado sin pena ni gloria porque ambas han nacido castradas por los intereses especiales. Lo que le ocurre a Obama es que no puede ser a la vez Presidente de las grandes corporaciones como BP y de los trabajadores como Guidry. No puede ni tan siquiera simbólicamente. Sarah Palin le ha quitado la posibilidad. Su marido es un trabajador petrolero y los blancos de clase media que apoyan al Tea Party ven con simpatía que esta mujer grite en nombre de las corporaciones: *grill baby grill*. Tras la aprobación de la ley de regulación financiera los banqueros dejaron de apoyar a Obama, irritados con que el gobierno se inmiscuyera en “sus” asuntos. Stephen Schwarzman, quien se ha hecho multimillonario especulando con fondos en la bolsa, comparó la ley a “cuando Hitler invadió Polonia”. Wall Street había financiado generosamente la campaña presidencial de Obama; ahora está financiando a los republicanos. Pero del otro lado, partidarios de tensar más las riendas sobre Wall Street para proteger a los ahorradores vieron en la ley la sombra de la puerta giratoria que une a Wall Street con la Casa Blanca. Paul Volcker, Presidente de la Reserva Federal bajo los Presidentes Carter y Reagan, ahora asesor económico de Obama, definió la nueva ley como insuficiente para evitar una nueva crisis financiera. Las divergencias han llegado al equipo económico de Obama.

La falta de resultados contra la crisis esta llevando a la gente a apoyar a candidatos electorales desconocidos, como le ocurrió al propio Obama en su carrera a la Presidencia cuando él, un advenedizo, derrotó a los pesos pesados del partido demócrata haciendo campaña contra los grandes intereses que corrompen a Washington. El cansancio con la clase política con la que ahora Obama esta comerciando es abrumador. Según una encuesta de julio de *Post/ABC* casi 7 de 10 estadounidenses



Reclamando la verdad

ses dicen carecer de confianza en los legisladores, no importa sean demócratas o republicanos. El 80% dice que los políticos en Washington sirven más a intereses especiales que al pueblo que representan. En estos meses en varias ocasiones los candidatos de siempre han perdido ante gente desconocida en las primarias. No sólo ha sucedido con candidatos republicanos apoyados por el Tea Party en Boston, Kentucky, Florida, Utah, New York, Delaware... sino también con candidatos demócratas apoyados desde Washington. En Carolina del Sur Alvin M. Greene, un enigmático desempleado de 32 años que carece de domicilio fijo y de computadora, ganó las primarias demócratas para senador gastándose sólo 10.440 dólares en octavillas. Nadie puede explicar por qué le votaron más de cien mil demócratas, el 60% de los votantes. El establishment demócrata ha intentado anular el resultado, pero no ha podido.

La gente empezó a no creer en Obama cuando en marzo del 2009, en medio del plan de rescate, no hizo nada para parar a los ejecutivos de AIG (American International Group), una de

las corporaciones salvadas de la quiebra con dinero público, que empezaron a repartirse entre ellos bonos por valor de 165 millones de dólares. Ante la parálisis de la Casa Blanca los bancos rescatados de la tumba con dinero público empezaron a llenar de nuevo sus bolsillos. A final del año Goldman Sachs repartió entre sus empleados 16 mil millones de dólares en compensaciones y beneficios. En agosto último Michael Bloomberg, el alcalde de Nueva York, identificó públicamente en una conferencia a Timothy Geithner, el secretario del Tesoro de Obama, como un alumno de Goldman Sachs. Empleados de Goldman Sachs habían contribuido con casi un millón de dólares a la campaña presidencial de Obama, la segunda fuente de sus donaciones, según el Center for Responsive Politics. Una encuesta del Pew Research Center, un centro de investigación con sede en Washington sin vinculación a ningún partido, encontró que a pesar de las ganancias de Wall Street, para el 60% de los estadounidenses la situación económica no había mejorado. Las promesas de Obama no habían llegado. El apoyo al Presidente había caído al 45%, no podía ser de otra manera. La revista *Time* explicó porqué de los blancos que votaron por Obama, solo un 28% lo votarían hoy; supuestamente gente que no creía en un gobierno fuerte y activo fue embaucada por un gran comunicador en un momento de confusión económica. Pero las encuestas están mostrando que los americanos son más fieles a resultados que a ideologías, en concordancia con la famosa sentencia "es la economía, estúpido". Muchos que le votaron se sienten decepcionados o traicionados por un Presidente que prometió sacarles del atolladero económico y no lo ha hecho. Los que votaron a Obama esperan paralizados y confundidos en la sombra. Esperan que Obama cese a Geithner y su equipo económico de Wall Street en la Casa Blanca para llevar al país en otra dirección. ¿Lo hará Obama?

El problema de Obama es que no vincula la crisis con la bancarrota del neoliberalismo. No ha relacionado el bajo consumo con la falta de salarios; el apenas crecimiento con los enormes déficits gastados en guerras sin futuro en vez de en impulsar domésticamente la productividad; el desempleo y la pobreza con los intereses de las grandes corporaciones y bancos tan afincados entre los políticos de Washington. En su campaña a Presidente caracterizó la crisis "como una mezcla de irresponsabilidad y malas decisiones". Me acuerdo de que en su toma de posesión desde las escaleras del Capitolio ese día frío de enero no se cansó de llamar a instaurar "una nueva era de responsabilidad". Hubo un amago de ir más allá al principio, cuando se empezó a comparar a Obama con Franklin D. Roosevelt (1933-1945).

**Vestían camisetas
negras en las que se leía
"9/11 fue un trabajo
interno".**

“América necesita un líder que pueda unir e inspirar”, decían en algunos medios liberales. Pero en vez de tomar una nueva dirección comparable al *New deal* (la política que ayudó a sacar a Estados Unidos de la depresión en los años treinta y cuarenta) se aferró a la vieja. El nuevo paquete de estímulo fiscal que ha propuesto (50 mil millones de dólares) para construir carreteras y mejorar puentes y vías ferroviarias sólo rasguña los problemas estructurales de la economía estadounidense. Al seguir la vieja dirección puso en su equipo económico a banqueros de Wall Street relacionados con los Presidentes anteriores y dejó al mismo Secretario de defensa que había en tiempos de Bush. Durante estos dos años ha seguido en la misma línea: “la realidad es gris por casi una década de irresponsabilidad republicana, pero nos espera un futuro de rosas que tiene que empezar a materializarse pronto”, suele decir en un discurso del teatro del absurdo. Su problema es que cada vez hay menos que creen que Godot llegará alguna vez.

* * *

El 29 de mayo Anastasio Hernandez Rojas, un mexicano de San Luis Potosí, fue golpeado y sometido a descargas eléctricas por la policía fronteriza en la Garita Internacional de San Isidro cuando era deportado a México. Dos días después Anastasio moría en el hospital en Chula Vista, California, a causa de las heridas recibidas de los policías que lo custodiaban. Anastasio llevaba 20 años viviendo en San Diego, a donde había llegado en busca de un porvenir. En San Diego habían nacido cinco de sus hijos. Todos ellos estadounidenses. Allí se ganaba la vida limpiando piscinas y trabajando en la industria de la construcción. Como a Joseph Stack le robaron su sueño americano.

Su muerte fue grabada por un estudiante de medicina. En el video se oye la voz de Anastasio pidiendo “piedad” a los policías. La del propio estudiante diciendo: “déjenlo, déjenlo, no está poniendo resistencia”. Veinte agentes le golpean con porras, puños y pies hasta dejarlo inmóvil.

Tanto Amnistía Internacional (ver el informe “A la cárcel sin justicia”), como Human Rights Watch (ver el informe “Detenidas y Descartadas”) han denunciado la crueldad con que la policía migratoria trata a los inmigrantes. El Centro Nacional Justicia al Inmigrante, con sede en Chicago, después de investigar en todo el país centros de detención de inmigrantes ha encontrado que al 78% de los inmigrantes detenidos se les prohibió llamar a abogados. Han descubierto que a los detenidos se les aísla, tardan

semanas o meses en avisar a su familia de la detención, y no se atiende su salud. Se han reportado varios casos, el *New York Times* publicó la historia de uno de ellos, uno de los inmigrantes fallecidos en estos centros por falta de asistencia médica.

En los estados fronterizos del sur hay una guerra contra los indocumentados. Se ha levantado un muro en la línea fronteriza, aviones no tripulados vuelan el área rastreando infiltrados, hay más policías migratorios vigilando los pasos fronterizos que antes y han sido enviadas unidades de la Guardia Nacional para reforzarlos. Por si esto no fuera suficiente grupos de neonazis armados patrullan la frontera. La oficina forense del condado de Pima de Arizona, uno de los lugares preferidos por los contrabandistas de personas, ha recibido de enero a mediados de julio los cuerpos de 134 indocumentados.

Una caza de brujas contra los inmigrantes sin papeles se está desatando en todo el país. Empezando por la prensa, que habla de ellos como “ilegales”, y siguiendo por el candidato millonario republicano del Tea Party a gobernador del estado de Nueva York, Carl Paladino, quien manda e-mails a amigos contando chistes racistas. Las encuestas dicen que el 51% de los estadounidenses apoyan la Ley Migratoria de Arizona mientras el 35% quiere que Obama impugne la ley. La ley permite a la policía detener a cualquier persona que la policía misma piense que por su aspecto pudiera ser un inmigrante sin papeles, convirtiendo a los indocumentados en delincuentes. El racismo está de regreso como lo están las listas negras.

Antes del verano, en el estado de Utah un grupo anónimo envió una lista de 1.300 “delincuentes” a la prensa y a la poli-

Aparecieron pancartas con Obama junto a los “socialistas” (según las pancartas) Hitler y Lenin.





¿Y quién querría construir una sinagoga en La Meca?

cía. El “delito” cometido por estos hombres y mujeres era estar trabajando. En la misma se detallaba domicilio, fecha de nacimiento, número de la Seguridad Social y nombre de sus hijos. La diferencia con otros trabajadores de Utah consistía en que eran inmigrantes sin papeles. El significado de la delación era claro, como lo es la explosión de los crímenes de odio, la ley de Arizona o la crueldad de la policía migratoria: culpar a los inmigrantes del fin del sueño americano para salvar al capitalismo y los intereses de las transnacionales.

La idea que mueve la derecha radical, la de que los inmigrantes tienen la culpa de que los blancos pierdan su empleo, es pura xenofobia de la que sacan partido los ricos. Los empleos se han perdido por la estrategia de las corporaciones. Están trasladando sus factorías a las zonas maquilas mexicanas y a China porque su rentabilidad se multiplica. Un ejemplo es IBM: a finales del 2008 más del 70% de los 400 mil empleados de la empresa trabajaban fuera de Estados Unidos. La desin-

A los detenidos se les aísla, tardan semanas o meses en avisar a su familia de la detención, y no se atiende su salud.

dustrialización está transformando el tejido social alimentando la ansiedad, la inseguridad y la rabia. En una generación áreas enteras antes vibrantes han sido convertidas en lugares fantasmas. No es casual que sea esta generación de mayores de 55 años la que más apoya al Tea Party. Es la gente que vive en suburbios de clase media, la generación que nació “cuando lo que era bueno para General Motors era bueno para Estados Unidos” y que ahora no puede afrontar el pago de sus casas por la desaparición de decenas y decenas de miles de empleos industriales. Una tendencia que ha sido dramática con la recesión y que deja bien claro que la pérdida del empleo no está ocasionada por la inmigración. Según un informe del Pew Hispanic Center, el número de indocumentados en Estados Unidos cayó a 11,1 millones en 2009 (había llegado a los 12 millones en el 2007), el primer claro declive en dos décadas, lo que no ha evitado que los blancos pierdan su empleo. Por poner algunos nombres y apellidos a la destrucción de empleo baste decir que General Motors ha despedido a más de 100.000 trabajadores desde que empezó la recesión en el 2007. Ford más de 20.000 y Chrysler 15.000. La farmacéutica Pfizer ha despedido a 30.000 empleados y Merck a 25.000. Podríamos seguir con la lista pero estas cifras son suficientes para evidenciar que han llegado menos inmigrantes y se ha seguido perdiendo empleo. Las investigaciones actuales prevén que en dos décadas la cuarta parte de los actuales empleos habrán sido desplazados fuera de los Estados Unidos. Con sindicatos débiles la competencia será atroz. La derecha acusará a los negros, latinos, chinos... de poner en peligro a la nación. Están asustados con la tendencia demográfica que convertirá en un par de décadas a los hombres blancos (hoy son el 65%) en una minoría dentro de los Estados Unidos.

* * *

El 11 de septiembre visité la zona en donde habían estado las torres gemelas. Después de casi 10 años las nuevas construcciones empiezan a tomar cuerpo pero grandes interrogantes continúan sin resolverse. Los medios lo han ignorado, pero había un grupo nutrido de manifestantes sosteniendo una bandera estadounidense que cuestionaba la explicación dada por las autoridades sobre el atentado. Vestían camisetas negras en las que se leía “9/11 fue un trabajo interno”. Pero no estaba allí por ellos. Días antes la derecha radical había desatado una campaña contra el Islam. La excusa había sido la construcción de una discreta mezquita, sin minarete, confundida entre otros edificios, a dos



Un coro cristiano canta en la zona cero en recuerdo de las víctimas

manzanas al norte de la zona cero. Querían explotar la tragedia del 9/11 en su provecho. Acusaban interesadamente al Islam de los atentados –hasta Obama tuvo que desvincular el Islam del ataque terrorista a las torres gemelas– para debilitar lo progresista de la revolución americana (la separación de Iglesia y Estado, la libertad religiosa...) a cuenta de la intolerancia cristiana. Los movimientos de derecha radical tienden a querer preservar lo blanco, anglosajón y protestante como la identidad de la nación. Cerraban los ojos a la existencia de una comunidad de estadounidenses musulmanes viviendo en el área ya mucho antes de que los aviones derribaran las torres. No solo murieron cristianos y judíos víctimas del terrorismo, también murieron musulmanes aquel 11 de septiembre. Con el Tea Party los cristianos del cinturón de la Biblia han dejado de “salvar almas” para dedicarse a “salvar valores bíblicos” anticonstitucionales en la escena política.

El ataque intolerante y xenófobo contra el Islam tenía una segunda diana: el propio presidente Obama. Los blancos racistas siguen sin aceptar un presidente negro. Uno de ellos vendía camisetas con la inscripción “Impeach Obama!” Si -

guen haciendo campañas maliciosas diciendo que no nació en Estados Unidos, que es un musulmán encubierto o que trabaja para los anticolonialistas keniatas que quieren el declive de los Estados Unidos. Lo grave de la situación es que uno de cada cinco estadounidenses cree que Obama es musulmán. Pero quien está detrás de la campaña son los ricos que financian el Tea Party, que con las calumnias logra paralizar las políticas progresistas que Obama prometió en su campaña. No se cansan de agitar diciendo que Obama apoya a los negros y latinos a costa de la clase media, endeudando el país. “Nos conduce al socialismo cuando aprueba planes de rescate para los pobres”, dicen. Las estadísticas muestran que hay proporcionalmente más negros y latinos pobres que blancos.

Con la inmigración esta ocurriendo lo mismo que con Wall Street y la economía. Obama prometió que en su primer año en la Casa Blanca haría una reforma de las leyes migratorias (en el año 2009 cerca del 28% de los 39,4 millones de personas que no han nacido en Estados Unidos pero residen allí, eran inmigrantes sin papeles) pero puso como jefe de su Despacho a Rahm Emanuel, quien para muchos líderes latinos estaba en contra de la reforma migratoria. En el día a día ocurre lo mismo. La administración de Obama ha introducido las “redadas silenciosas”. En vez de mandar a la policía en busca de trabajadores sin papeles a las fábricas y campos como hacían en tiempos de Bush, y que acababan en redadas masivas y escandalosas de indocumentados, ahora los policías migratorios van a las oficinas de las compañías y piden los papeles de los contratados. El resultado es el mismo, pero más discreto. Tras unos días en silencio son despedidos miles de personas que después son deportadas.

En la zona cero no había sólo activistas de la derecha radical. Cientos de manifestantes llegaron a defender el derecho de la comunidad musulmana a tener su mezquita. No sólo había diferencias, también hostilidad entre ambos grupos. En los anteriores aniversarios había aparecido una nación unida contra la amenaza externa. Este año el conflicto empezaba a estar dentro. Los que votaron a Obama siguen esperando que éste reaccione y se ponga al frente de esa corriente progresista que está resistiendo la xenofobia y el racismo y que quiere empleos. Esa corriente que le pide que cumpla sus promesas. El Tea Party domina los medios, pero no está claro que domine la calle. El mismo Obama, a pesar de todos los ataques de los ricos, que lo tratan “como si fuera un perro”, como él mismo dijo, sigue siendo el político más popular en los Estados Unidos. ¿Se rebelará Obama contra los ricos? ¿O habrá que construir un movimiento progresista desde los escombros, una vez la esperanza Obama se haya estrellado contra el suelo? ■